

están condenadas al fracaso”, cuando sentencia al morir el viejo que “y en dos generaciones apenas habrá quien recuerde su nombre”.

La historia termina con una excelente imagen de la muerte: retrata al viejo peleando a muerte con su último aliento, en el sentido literal de la palabra, como si su último aliento fuera una persona a la que mancorna para no dejarla escapar. Esta escena parece una desmitificación y hasta desacralización o burla de la bíblica pelea de Jacob con el ángel para que lo bendijera.

Como se ve, para mí esta novela cumple la condición que, de forma más precisa, demuestra que a uno le gustó un libro: es una obra que yo quisiera haber escrito. 

Hot, hot Bogotá, de Alejandra López¹

Joaquín Peña Gutiérrez

Docente

Departamento de Humanidades y Letras

Universidad Central

Premiación

En la clausura del IV Simposio internacional de literatura se dio el fallo de los Premios TEUC. Alejandra López González habló. Luego, en el acto social, habló, también, y compartió con amigos, coordinadores y compañeros de talleres.

Al verla tan frágil de figura y, sobre todo, de palabra, nos preguntamos, nos parecía tan muchachita, qué había podido escribir. Cosas de prevenciones y prejuicios como si los escritores y las escritoras vinieran, por necesidad ontológica, en empaque marcado. El hecho es que acababa de ganar un concurso nacional de novela corta con el jurado compuesto por Lina María Pérez, Pedro José Badrán Padaui y Alberto Duque López. Imposible una equivocación mortal. Aunque, se sabe, en un concurso no se premian, casi nunca, obras maestras. Se premia la mejor entre las participantes.

¿Es inapropiado afirmar que Alejandra es una escritora de taller? Seguramente, no, debido a la autodeterminación y al fuero irreductible a la influencia que

1 López González, Alejandra. *Hot hot Bogotá*. Bogotá: Universidad Central. Premios de Literatura. Taller de Escritores Universidad Central. TEUC 2008. Concurso Nacional de Novela Corta. 2009. p. 129.

normalmente posee todo espíritu humano. Con seguridad, sí, por las notas que indican su participación en el TEUC y en RENATA. Los compañeros y compañeras, en medio de la euforia de la celebración lo comprobaban de manera cercana e inmediata. Hablaron de lecturas, correcciones colectivas, rabietas, desesperos, y no faltó quien mencionó el consabido “palo” que se le dio hasta que la materia novelesca obedeció y fue dominada.

La edición

La hizo la Universidad Central. Portada con una foto de Bogotá incendiada—efecto del alumbrado nocturno. Un prólogo de Isaías Peña Gutiérrez, director del Taller de Escritores de la Universidad Central (todavía se llama así a la unidad académica que ya tiene en funcionamiento una Especialización en Creación Narrativa y, se espera que muy pronto, un pregrado en Creación literaria), muy inteligente acerca de la importancia de los talleres de creación en el ciclo de formación de un escritor. En la contraportada, una nota típica de contraportada de Nahum Mont. Al final, el acta muy sobria del jurado. Y entre las páginas 9 y 128, la novela.

La novela

22 capítulos titulados, excepción del primero, que están entre la página larga y las 12 de extensión aunque la mayoría no sobrepasa las 5.

En esas 119 páginas, Soledad cuenta el último tiempo de su vida en un monólogo totalmente legible, muy fluido y ágil; gran virtud de Alejandra. (Al respecto del monólogo se recuerda un texto de años del director del TEUC que alertaba sobre él cuando parecía que, si nos descuidábamos, iba a matar la literatura colombiana). Alejandra ha sorteado el peligro sin padecer un rasguño.

Soledad y sus amigas pertenecen a las “niñas superbién de la hot Bogotá” (13). Si bien la mirada es rápida, la novela alcanza a profundizar en la naturaleza de este sector social y lo revela: superficial, fácil, solitario, espejo de apariencias, sexualidad... La narradora revela que mientras está con Santiago concibe del marido de una de sus amigas una niña con la que aparece en el último capítulo.

La vida de las “niñas superbién” se desarrolla en paralelo y mezclada, en Soledad, con la Colombia que se asienta sobre miles y miles de fosas comunes con colombianos, que abre, analiza, clasifica, padece y, finalmente, parece que ocupa como víctima, Santiago, un antropólogo, compañero sentimental de Soledad; Sol o Solcito, para él. Las fosas, su naturaleza macabra, el hedor a muerto matado, descuartizado, aserrado, incompleto, etc. están allí. Son un recuerdo para los colombianos olvidadizos y para el mundo. Y tal vez eso sea suficiente. Al menos en la concepción de la autora y en lo que alcanzó a ser la novela. Pero, al contrario de lo que acontece con el otro eje, con este no se establece revelación. Como en algunas novelas recientes, se presenta la atrocidad, el efecto, pero se omite el universo de relaciones que lo generaron. Y no se trata de exigirle heroísmos y comportamientos inadecuados a la naturaleza de la literatura. De Homero a Gabo la anécdota nunca fue anécdota. Fue núcleo de revelación de las relaciones de culturas, familias, personas, pueblos, políticas, poderes.

Ironía a medias

Se repite: de los dos ejes mayores de la novela, uno alcanza la revelación de la naturaleza de sus protagonistas. El segundo eje se queda ciego. La ironía, esa condición terrible marcada por la autorrevelación como paradigma ético y que el mismo monólogo, por qué no, bien hubiera podido lograr de manera plena, y que es una de las características de la novela moderna, del Quijote a hoy, se frustra; queda a medias; ¿por miedo, ignorancia, por qué? ¿Vale la pena debatirlo con la autora, con los escritores? Al escritor colombiano, y no sólo al colombiano, se le juntan dos cosas complicadas. El conocimiento y dominio de la escritura literaria y la situación vital tan complicada del país. Conforme dijo el alcalde de un pueblito santandereano, años, cuando después de una toma guerrillera lo encontraron debajo de la cama: (no me condenen) cada uno es dueño de su propio miedo. ¿Quién sabe que la suerte que corrió, tal vez, el antropólogo en la ficción de Alejandra, no la vaya a sufrir el escritor en la realidad del país?

Dígase algo acerca de la revelación no expresada en la novela. Esa revelación fue hecha. Otra vez. Hace dos días la televisión divulgó las declaraciones de un ¿ex? jefe paramilitar. Dijo renunciar a la política de justicia y paz del gobierno y, además, afirmó que ellos, los paramilitares (habían llenado el país de fosas comunes; esto lo dice la novela), habían hecho el trabajo sucio para que el poder político legal actual estuviera en el poder, limpio. En la declaración sólo se refirió a la “ayuda” prestada a un alcalde. ¿Complicado, Alejandra, incluir cosas así, relaciones así, revelaciones así, a la manera propia de la literatura, para la segunda edición? La novela se crecería más.

¿Descuidos?

Hay varios, pero sugerimos dos. La expresión hace relación a que bien pueden no ser ni errores ni descuidos. Partimos de un supuesto que bien puede ser inconcebible: aún la obra publicada es revisable y perfectible. Otro aspecto: se considera que es una obra de taller aunque, se sabe, la responsabilidad sobre la obra, le cabe entera a la autora. Van los casos.

Primer párrafo de la novela: “Santiago abre fosas comunes y encuentra en ellas trozos de lo que alguna vez fueron seres humanos. Santiago es antropólogo forense y perro en el calendario chino, aunque a él le habría gustado ser tigre.” (9). Dos oraciones coordinadas. La segunda nos parece perfecta, en particular, por el encadenamiento que une hasta con humor ciertas disimilitudes postmodernas del momento. En la primera, la coordinación no coordina; no une pues las dos oraciones pertenecen a la misma naturaleza semántica aunque, en términos gramaticales, es una oración correcta. Sólo le buscamos la otra pata al gato con el propósito de insinuar la necesidad de crear una conciencia cada vez mayor acerca del lenguaje. Para el caso una subordinada hubiera funcionado mejor. Sin embargo, nos quedamos con dos oraciones simples separada por. (punto) seguido: “Santiago abre fosas comunes. Encuentra en ellas trozos de lo que alguna vez fueron seres humanos.” Otra sugerencia; realizar una pequeña edición de la segunda: “En ellas encuentra...”

Segundo caso: en la p. 107 se afirma que el papá de Soledad reclamaba conciencia –política, se entiende– acerca de la “situación del país”. Apenas dos páginas